

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 40. GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia, y provincia a que pertenece. — El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO

De esclavo a rey, por A. Pirala. — Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — La cueva del agua, poesía por X. — Isabel, por M. C.

## DE ESCLAVO A REY.

(CONCLUSION.)

Al desatar los talegos cayó el dinero de todos, y quedaron asombrados. — ¿Quiénes ese hombre que gobierna en Egipto, se preguntaban unos a otros, que nos ha tratado con tanta aspereza, y sin embargo ha conmovido nuestro corazón?

Callad, les decía Jacob, vosotros aceleráis mis pasos al sepulcro quitándome mis hijos; no estaban aun enjugadas las lágrimas que he vertido por José, y me las haceis derramar de nuevo por Simeon, y luego pedis llevaros a Benjamin? ¡Ah no sois buenos, hijos míos!..... Estos lloraban, el padre tambien y aquella mansion era un valle de lágrimas. En vano protestaban de su inocen-

cia; pecaron una vez, y no habia derecho para creerles justos en otra falta.

El hambre volvió a aparecer con fiera en la familia de Jacob, y este envió a sus hijos por mas granos a Egipto; mas ellos le digeron, que no podian presentarse sin llevar a Benjamin; el padre negó entregarle, y entonces Ruben le dijo: —Padremio, dos hijostengo, tómalos y haz lo que te plazca de ellos, si dándome tu hijo no te le devuelvo, y tambien a Simeon: compadécete de él y de nosotros, que moriremos sino de hambre. Por último cedió, no sin harto dolor, y marcharon todos despues de adorar a Dios, llevando a José varios regalos, y por si habia sido un olvido poner el dinero en los costales, volviéronle duplicado.

Entraron en Egipto, y al preguntar por el gobernador, les introdujeron en un magnífico salon donde les dejaron solos y encerrados. Quedaron atónitos, y temian les redujesen a esclavitud tal vez, por haberse llevado el dinero en los costales; pero pronto salieron de esta incertidumbre: entró el mayordomo de la casa, le hicieron presente su temor, y les dijo: — La paz del Señor es con vosotros: lavaos los pies, aquí teneis agua, y sentaos a comer en esta mesa. Miraronse unos a otros, y ninguno podia explicar lo que le pasaba. Cuando estuvieron sentados, entró José con Simeon, y se humillaron ante el gobernador.

Este no podía mirarlos sin conmoverse. Quiso probar si habían escarmentado sus hermanos, y se tenían amor, y mandó que después de llenar los sacos de trigo y poner en ellos el dinero, en el del mas joven metiese además su copa de plata. Les despidieron á la mañana siguiente, y al marcharse fué á su alcance el mayordomo, diciéndoles ¡infames! los beneficios que habeis recibido pagais con ingratitud? hurtando la copa en que bebe mi amo, qué pretendisteis?—Señor! le respondieron, no es cierto, amamos mucho á vuestro amo, para que le ultrajemos: pero aquel en que hallares la prenda que buscas, sea muerto y nosotros seremos tus esclavos.—Hágase, dijo, y comenzaron á desatar y registrar los costales; al llegar al de Benjamin la hallaron... inmóviles quedaron todos, y sumidos en llanto volvieron á la ciudad. Reprendióles José tan fea acción, y les dijo por último.—Id todos libres, menos el robador, y direis á vuestro padre que se queda por esclavo mío. Echáronse entonces á sus pies diciéndole, —Señor! quédese cualquiera en tu poder, mátanos si te place; pero que Benjamin vaya libre, á consolar á nuestro padre, que se quedó llorando por la separación. Acuérdate Señor que nos dijiste, no volviésemos á tu presencia sin traer á nuestro hermano, pues bien, no puedes figurarte el trabajo que nos ha costado arrancarle del seno de la familia, que á fuerza del hambre cedió; mas quedóse triste y llorosa. Mántanos señor, pero déjale libre, para que vaya á cerrar los ojos de nuestro anciano padre, que camina para el sepulcro. No pudo contenerse mas; mandó dejasen solos á sus hermanos, y con un llanto de alegría empezó á abrazarlos diciéndoles:—Mi padre vive, ¿dónde está mi padre? yo soy José vuestro hermano, aquel á quien vendisteis á los madianistas: todo lo olvido, abrázemonos, y nuestro amor será eterno. A torrentes corrian las lágrimas de todos los párpados que lloraban de gozo; ninguno pudo pronunciar una palabra; pero era mas elocuente el silencio que cuanto pudiesen decir. Se abrazaron y el ósculo de paz estampóse en todas las mejillas. Serenado un poco, les mandó volvieran á su tierra, y trajeran á su padre, y demas parientes para vivir todos juntos en venturosa paz. Dióles regalos infinitos y les acompañó hasta la salida de Egipto.

VI.

VIVIR BIEN

PARA MORIR ENTRE BENDICIONES.

El hambre continuaba en la mitad de su fuer-

za, y Egipto sin embargo era feliz, gracias al sabio gobernador, ó mejor dicho rey; porque él solo mandaba.

Llegó Jacob con sus innumerables familias, rebaños y cuanto tenían, y José les dió la fertilísimas tierras de Gessén, donde moraron. No ocultó á Pharaon quienes eran las personas que habia admitido en su reino, ni la humilde clase de que él descendía: le dijo eran pastores y sus padres. Vióles el rey, les colmó de regalos, y aseguró á sus descendientes el terreno que habitaban.

¡Grande generosidad en un egipcio, que como todos aborrecia la profesion de pastor y despreciaba á los hebreos! Pero pudo mas la virtud, que la preocupacion. Felicísimos vivieron todos bajo la proteccion del feliz José: los siete años de hambre finaron, y volvió la tierra á presentarse dócil al trabajo de los hombres que la regaban con su sudor, devolviéndoles en cambio con usura las semillas con que la sembraban. Los rebaños de la familia de Jacob se multiplicaban, y crecian prodigiosamente, y la paz, el contento, y todos los placeres de un alma llena de temor de Dios reinaban en aquellas santas moradas.

Las vidas de los bienhechores, duraron largos años; y cuando estos empezaron á hacer sentir su peso arrugando la frente y encorbandando el cuerpo del hombre, cual el riguroso estío dobla la lozana espiga que antes mirara al cielo con orgullo, descansaron apoyados sobre sus hijos benditos, firme báculo de la vejez, y ellos ostentaban la encanecida y preciosa carga á quien debian su existencia, como el mas estimable tesoro.

Alcanzóles la inhumana muerte, ó mas bien cortó el hilo de su existencia vacilante, para que fuesen á habitar la mansion de los justos, el parage que Dios tiene destinado para premio de las buenas criaturas.

Pomposas exequias hicieron tanto á José como á Jacob; llevando sus cuerpos á la tierra de Canaán. Los egipcios lloraron la muerte del primero como la de un padre, que además de sacales de la miseria les dió pan, y con él la vida. Con sus sabias providencias pobló muchos desiertos de Egipto de innumerables personas, que poco después causaron la revolucion mas grande del mundo; ayudando á Moises á enseñar á los hombres las revelaciones de Dios, y preparándoles para recibir la venida de Jesucristo, redentor y libertador de la esclavitud del Universo.

ANTONIO PIRALA.

## CALVARIO Y REDENCION.

## CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana María.

Mucho he sufrido al leer tu carta, mi buena y desgraciada María; mucho he sufrido al leer tu carta, y sin embargo, no encuentro una frase para consolarte, ni tampoco para hacerte desistir de tu propósito.

Hay algunas almas bellas y sublimes que aman una vez sola; que solo una vez abren su misterioso y puro santuario para dar cabida en él á un sentimiento único y profundo, y que como el blanco caliz de una magnolia, no tienen mas que undiade aroma, cerrándose despues hajadas y marchitas para siempre. ¡Flores hermosas é inmaculadas, cuya valia es tanta, que no pueden vivir ni prosperar en la tierra, pero que se alzan puras y brillantes en el cielo para perfumar la eternidad!

Tu alma es una de ellas, María; tu alma es una de ellas, y haces bien en colocarla á la sombra sagrada del claustro, porque el sol de la existencia no tiene luz bastante para ella.

Oh! tienes razon! Dios solo es capaz de comprender tu espíritu, Dios solo es el objeto grande, puro y digno de tu amor.

Cumpliré, pues, tu voluntad!

Estaré á tu lado el dia que señalas, y nuestras plegarias se confundiran á los piés de Aquel que no deja sin premio una lagrima, y que perdona y salva y purifica á los que le imploran y le siguen por el camino de la cruz!

Si yo no te comprendiera tal cual eres, si fuese una de esas jóvenes, para quien los goces de la cabeza valen mas que los del corazon, correria á tu lado y emplearia toda la influencia de mi cariño para hacerte desistir de tu empeño. Pero no: tú no puedes ser feliz ya, María, tú no puedes olvidar, tú no puedes perdonarte á tí misma, y tu pensamiento y la escesiva delicadeza de tu conciencia, serian tu constante torcedor!

Llega, pues lo deseas, covijate bajo las ramas, del arbol de la cruz! allí todo recuerdo se purifica, se santifica todo dolor!

Hablemos ahora de mí, hablemos de la nueva hermana á quien deseo des un lugar á mi lado en tu corazon; y perdona, María, perdona si en-

tre la sombra que te rodea, quiero deslizar un rayo de luz, quiero hacer brillar la claridad de mis esperanzas! pero tú me amas! tú cifras parte de tu dicha en la ventura de los que te rodean, y la aurora de mis ilusiones se reflejará en tu frente de ángel.

Ya te dije que habia logrado, ó al menos yo lo juzgaba así, ya te dije que habia logrado saber el paradero de Angelina, porque el instinto de su bien llamado perro, Leal, me habia conducido hasta ella.

Sin embargo, yo no tenia una certeza, no podia asegurarlo, y pasado el primer momento de entusiasmo entro la reflexion á decirme que todo aquello podia ser hijo de una casualidad y nada mas.

El desaliento, pues, reemplazó á la alegría, y cuando me presenté á D. Félix, la tristeza y la ansiedad se retrataban en mi semblante, hasta el punto de que él creyó que eran malas las noticias que tenia que darle acerca de la comision que me habia confiado.

Mis primeras palabras le tranquilizaron sin embargo, y cuando vió el éxito de mi trabajo, me tendio la mano y me prometió un aumento de sueldo, conforme, segun él, con mi actividad y con mi honradez.

En aquel instante, pensé decirle que le daba gracias, pero que hacia renuncia de mi puesto, por que mi suerte habia cambiado, pero me detuve un instante, y pense que aun tenia que hacer mucho en aquella casa!

En efecto, la suerte de Angelina depende acaso de mi prudencia y debo esperar.

Calle pues, y sali del despacho no sin haberle preguntado antes por sus hijas.

—Angelina, me respondió con un acento turbado y sombrío: Angelina no está en casa, necesitaba los aires del campo... ya sabe V. que su salud es delicada, y temia... No se atrevió á continuar. Sin duda la mentira que iba á pronunciar quedo suspensa en sus labios, por no sé qué secreto temor. Luego procurando dar otro jiro á la conversacion.

—En cuanto á Valeria, pronto estará visible, y puede V. ir á ofrecerle sus respetos; ya sabe V. que ella le estima en mucho.

Comprendí que nuestra entrevista habia terminado, y sali del despacho, donde poraquel dia nada tenia que hacer.

En la pieza inmediata me encontré á Julio, cuyo aspecto llamó mi atencion.

En su mirada habia algo de alegría febril, algo de gozo insensato que en vano le hubiera sido querer negar.

Sin embargo, al verme palideció ligeramente

y sus labios se contrajeron con una especie de rápida contrariedad.

—V. aquí ya! me dijo acercándose, V. aquí ya! y yo que creía...

—Mi viaje ha terminado felizmente, amigo mio, exclamé estrechando la mano que me alargó, y ya estoy de vuelta, y al lado de las personas á quien amo.

Estas palabras le estremecieron, pues sus dedos temblaron ligeramente entre los mios.

Entonces recordé sus celos, recordé la insensata pasión que me habia confiado en una noche de delirio, y todo lo comprendí. Aquel hombre durante mi ausencia debia haber concebido otra vez esperanzas, debia haber vuelto á ser de nuevo un juguete en las manos de Valeria.

Podia acaso servirme, podia valerme de su pasión, y era preciso no perderle de vista.

Con esta idea, murmuré, mirándole fijamente.

—Creo, amigo mio, que Valeria está ya visible y no debo detenerme, pues su padre me ha dicho que puedo hablarla.

—¡Ah! V. va...?

—Sí, no quiero faltar á los deberes de la galantería con ella, con ella, á quien siempre he distinguido.

Julio se mordió los labios y exclamó.

—Y su viaje de V. ha terminado enteramente? no tendrá V. que volver?

—No: por nada del mundo me separaría de aquí.

Y sin aguardar su respuesta, me dirigí hácia el corredor.

El pobre jóven no pudo contenerse y sujetándome por el brazo,

—Fabian, me dijo, cuando salga V. del salon de la señorita de Aguilar, vuelva V. aquí, tenemos que hablar.

—Bien, contesté sin detenerme, hasta luego.

Oh! yo sabia demasiado el camino por donde podia llegar al corazon de Julio y estaba propuesto á seguirlo.

Comprendia que era una crueldad, pero me era forzoso seguir adelante: amaba demasiado á Angelina para no avenirme á todo por ella.

Mi entrevista con Valentina fué corta.

Apenas la pregunté por su hermana.

Ella se informó con interés del resultado de mi viaje.

Hablamos de todo, menos de lo que nos preocupaba enteramente á los dos, pero noté que estaba dominada por una emoción que en vano queria ocultar con la máscara impenetrable que siempre cubre su rostro.

Cuando nos separamos.

—Esta noche supongo que estará V. libre? me preguntó despues de titubear algunos momentos.

—Yo! exclamé sin saber que responder.

—Vienen algunos amigos, se apresuró á decir rápidamente, me exijirán que cante y ¡hace tanto tiempo que carezco de maestro!

—Estoy á las órdenes de V., señorita, y ahora como siempre puede disponer de mí.

Saludé y salí de la estancia: como habia previsto, en la antesala me esperaba Julio; habia dejado el despacho con un pretesto y aguardaba mi salida.

Su delirio es tal que todo lo arrostra por el impulso de sus celos.

—¿Cómo le ha recibido á V. Valeria? me preguntó sin ser dueño de sí.

—Como siempre; respondí, pero á que viene ese afán.

—¡Oh! es que ahora... ahora estoy seguro de que...

Una sonrisa imperceptible plegó mis labios, y entonces él exclamó con violencia.

—Cualquier duda, es una ofensa para ella. Oh! estoy seguro que me ama. No es la que era, estoy cierto! y si V. se interpone...

—Ya le he dicho que yo no amo á Valeria, le respondí friamente.

—Perdone V. amigo mio, me hace sufrir tanto la idea de que puedo volver á ser indiferente para ella!

La campanilla del despacho de D. Félix sonó con violencia, y Julio al escucharla,

—Me llaman, dijo, luego podemos hablar, le contaré mi felicidad, mis esperanzas. ¡Hasta la noche!

—Sí, hasta la noche: murmuré viéndole partir.

Desgraciado! este amor le vuelve loco, pensé cuando estuvo lejos.

Y efectivamente, el infeliz perderá la razón por esa mujer que le domina.

Sin saber que hacer en aquel instante, salí á la calle, y por una atracción involuntaria, me dirigí al convento del Sagrado Corazon, allí creia que estaba Angelina, y me era preciso buscar algun dato mas que me confirmase en esta verdad. Las puertas de la iglesia estaban abiertas, y penetré en ella sin pensar en lo que hacia.

No sé que ceremonia religiosa celebraban allí.

Pero el órgano dejaba oír sus acordes, el incienso derramaba en torno sus aromadas nubes, y cien movibles luces ardian ante el altar.

De pronto, á los ecos de aquella música sagrada se mezcló el timbre argentino y puro de algunas voces de mujer.

Mi corazon latió con violencia, por que entre ellas y sobresaliendo de las demás, una dulce, suave y pura como la de los ángeles llegó hasta mí.

Era ella! era ella! ya no me cabia duda; allí estaba; allí!

Volví á casa y me puse á escribirte para contártelo todo.

Ya sabes la verdad, y cuanto he hecho, y cuanto puedo esperar.

Adios; pide por mí, y Él haga que pueda sacar á Angelina del poder de los que hoy la hacen desgraciada,

FABIAN.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA CUEVA DEL AGUA.

Sueños de azul y rosa  
la mente fragua,  
al ver la misteriosa  
Cueva del Agua.

Mas de una vez á solas  
con mis pesares,  
la busqué entre las olas  
de azules mares.

Remando en mi barquilla,  
vi en alta roca  
asomar, de la orilla,  
profunda boca...

¡Monstruo que oculto duerme,  
como en acecho  
del marino que inerme  
le abre su pecho!

¿Más quién del antro oscuro  
corre sin tino  
si es cual feliz seguro  
para el marino?

Cae la tarde galana  
del cielo raso,  
en ópalo y en grana  
tinto el ocaso.

El sol que se desmaya  
lejos, muy lejos,  
matices dá la playa  
de sus reflejos.

Su luz baña los riscos  
donde se aduna  
de inmóviles mariscos  
sepulcro y cuna.

Flotando en sus espaldas  
verde ramaje,  
se cubre de esmeraldas  
el oleaje.

De alto peñon, su nido,  
salen palomas  
surcando el aire, henchido  
de acres aromas.

Y sus blandos arrullos  
mezclan á veces  
con los vagos murmullos  
de olas y peces.

Peces azules, rojos,  
cuyas escamas  
son vívidos manojos  
de errantes llamas.

Fingiendo de un esquife  
la vela rota,  
yace en el arrecife  
la gaviota.

O entre pálida bruma,  
confusamente,  
asemeja la espuma  
de la rompiente.

¡Qué cantos y rumores  
el viento lleva!  
¡Qué tintas y colores  
junto á la Cueva!

Dejando el mar sombrío,  
el pié ya toca  
el borde oscuro, frío  
de abierta roca.

Paz inunda su espacio,  
silencio, calma...  
¡subterráneo palacio  
que puebla el alma...!

Agua que lenta cae,  
gota tras gota,  
de hadas y ninfas trae,  
mágica nota.

La perla que resbala  
desde la altura;  
el aroma que exhala  
la piedra dura;

Las sombras transparentes,  
crepusculares,  
de las peñas salientes  
sobre los mares;

Los ecos repetidos  
de ondas serenas,  
tal vez dulces gemidos  
de las sirenas;

Todo de azul y rosa  
mil sueños fragua  
allí, en la misteriosa  
Cueva del Agua.

Ella, gentil ondina  
de aquellos mares,  
es la cara vecina  
de mis hogares.

Hay en su fresco ambiente  
cierta fragancia  
que en atmósfera oliente  
bañó mi infancia.

Vénse doquier paisajes  
cuya poesía  
contempla, sin celajes,  
mi fantasía.

Aquí la áspera loma  
donde blanquea  
vieja pared, que asoma,  
de hogar que humea.

Allí, cual de un momento  
vision soñada,  
por el vapor y el viento  
nave empujada...

Acá la pingüe viña  
de áureos racimos  
que ya en agosto apiña  
frutos opímos.

Allá, en línea que ondula,  
nube liviana  
que á lo lejos simula  
sierra africana.

Y aquí y allí cantares  
que en vago anhelo  
el génio de los mares  
remonta al cielo.

Gruta mal escondida,  
vaso de flores,  
de mis penas guarida,  
lecho de amores!

Cuando quede en la playa  
mi lira rota,  
¡ojalá que á tí vaya  
mi última nota!...

## ISABEL

(CONTINUACION.)

En la orilla derecha del Kausa, al pié de una eminencia, en la que se elevan la ruinas de una fortaleza, construida en tiempo de los disturbios de los baschkirios, se encuentra el sitio destinado para la sepultura de los habitantes de Sarapoul. Este sitio se encuentra en medio del campo, está rodeado de una calle de enredaderas, en medio se vé una pequeña casa de madera, que sirve de oratorio, y al rededor montones de tierra, con una cruz encima, que designan otras tantas tumbas; algunos pinos esparcidos al azar proyectan sobre ellas su lúgubre sombra, y de entre las piedras sepulcrales salen cardos, cuyas flores son casi iguales a las del aciano, y otra planta, cuyo desnudo tallo se divide en muchos ramitos llenos de flores amarillas, que parece que estan destinadas a abrirse solo en los cementerios. El acompañamiento que seguia el ataúd del misionero era numeroso. Se veian en él individuos de muchas naciones; persas trukmanes y árabes, que escapados de la esclavitud de los kirgins, habian sido recibidos en un colegio fundado por la emperatriz. Seguian mezclados, y con una antorcha de paja en la mano, el fúnebre convoy, uniendo sus voces á las de los sacerdotes, en tanto que Isabel silenciosa marchaba a pasos lentos, cubierta la cabeza, y no teniendo simpatías y relaciones sino con el que no existia. Cuando colocaron el ataúd en la

fosa, el sacerdote siguió el rito griego, puso una moneda en la mano del muerto para que pagase su pasaje, y despues de haber echado alguna tierra por encima, se alejó. Allí quedaba sepultado en un eterno olvido un caritativo mortal; no habia dejado un solo dia de hacer bien á sus semejantes; igual á aquellos benéficos vientos que llevan á todas partes los granos útiles, y que los hacen germinar en todos los paises, habia recorrido mas de la mitad del mundo, sembrando en todas partes la sabiduria y la virtud, y moria ignorado de todos: la fama no acompaña nunca á la bondad modesta; los hombres que la distribuyen no la conceden sino alquenos admira y destruye, nunca al que los consuela. ¡Oh rayo de luz deslumbradora, soberbia gloria humana! No pienses que Dios te hubiese permitido ser el precio de la grandeza, si no hubiese reservado su propia gloria para recompensa de la virtud.

Isabel permaneció hasta declinar el dia en aquel sitio de tristeza; lloró y rogó mucho, y sus lágrimas aliviaron su pesar. En los grandes infortunios, es muy bueno y útil poder pasar algunas horas de meditacion entre la vida y la muerte. De la tumba se elevan pensamientos animados, y descienden del cielo esperanzas consoladoras; témesse menos la desgracia, allí donde se vé cuál es su fin, y en donde se presenta la recompensa, comiézase casi á amarla. Isabel lloraba, y no murmuraba; daba gracias á Dios por los beneficios que habia derramado sobre ella durante una larga parte de su camino, y no creia tener derecho para quejarse, porque los habia retirado en el instante.

Se hallaba como en las orillas del Tobol; sin guia, sin auxilio, pero fortalecida con el mismo valor y los mismos sentimientos.

—Padre mio, madre mia, exclamaba, nada temais, la desgracia no abatirá el ánimo de vuestra hija.

Trataba de este modo de tranquilizales, como si hubiesen podido adivinar el abandono en que se encontraba. Y cuando un secreto terror se apoderaba de su corazón, exclamaba:

—¡Padre mio, madre mia! y estas palabras mitigaban su espanto.

—Hombre justo, y ahora bienaventurado, decia apoyando su cabeza sobre la tierra recién movida; era preciso que os perdieis antes que mi noble padre y mi tierna madre os hubiesen mostrado su reconocimiento por los afanes y cuidados que tuvisteis con esta pobre huérfana!.. ¡Oh cuanta dicha es ser amados por ellos! ¡Convenia que os viérais privado de ella!

Cuando el dia empezaba á declinar, Isabel comprendió que debia abandonar aquel sitio lú-

gubre; y queriendo dejar algunas huellas de su paso por allí, cogió un agudo pedernal, y trazó sobre la cruz que se elevaba sobre la tumba estas palabras: *El justo ha muerto; nadie hay quien guarde este hogar*. Despidiose entonces por última vez de las cenizas de su protector; salió del cementerio, y volvió triste y pesadosa á ocupar el cuarto de la posada de Sarapoul.

A la mañana siguiente, cuando fué á ponerse en camino, el huésped la dió tres rublos, asegurándola que era todo lo que quedaba de la bolsa del misionero. Tomólos Isabel con un sentimiento de ternura y de agradecimiento, como si aquellas riquezas que debia á su protector le hubiesen procedido del cielo, donde al presente habitaba.

—¡Ah, exclamó, mi guia, mi apoyo; vuestra caridad os sobrevive, y aun cuando ya no os hallais á milado, me sostiene todavia!

Sin embargo, durante su solitario camino, no pudo dejar de derramar algunas lágrimas: todo la hacia sentir la importancia del bien que habia perdido. Si un aldeano ó un viajero ansioso la miraba ó interrogaba, no llevaba consigo á su venerable protector para imponerle respeto; si la fatiga y el cansancio la obligaban á sentarse y pasaba un carretero, no se atreveria á pararle, temiendo una insultante negativa; además, no poseyendo sino tres rublos, preferiria mas que la sirviesen para retardar el momento en que tendria que pedir limosna, que procurarse ninguna comodidad. Niégase á así misma las ligeras comodidades que el misionero la procuraba. Elegia para asilo las cabañas mas pobres, y se contentaba con el lecho mas malo, y la comida mas frugal.

Caminando así muy lentamente, no pudo llegar á Kasau hasta los primeros dias de Octubre.

Soplaba hacia ya muchos dias un fuerte viento de Nordeeste, el que habia amontonado en el Volga muchos témpanos de hielo, lo que hacia imposible vadearlo. No se podia atravesarle sino yendo embarcado en una lancha, y otras veces á pié, saltando de hielo en hielo. Los barqueros acostumbrados á los peligros de esta navegacion, no querian pasar á la otra orilla, sino con una ganancia considerable, y nadie se hubiera arriesgado á pasar sin ellos.

Isabel, sin examinar el peligro, quiso entrar en uno de esos barquichuelos; la rechazaron bruscamente, tratándola de insensata, jurando que no pasaria hasta que estuviese enteramente helado. Preguntóles cuanto tiempo tenia que esperar, y la dijeron que dos semanas á lo menos. Entonces resolvió pasar inmediatamente.

—Os lo ruego, les dijo con una voz humilde;

en el nombre de Dios, ayudadme á pasar el río: vengo desde Tobolsk, voy á San Petersburgo á pedir al emperador el perdón de mi padre, desterrado en Siberia. Tengo tan poco dinero, que si me quedo por quince días en Kasau, no tendría despues para continuar mi camino.

Enternecieron estas palabras á uno de los bateleros, y cogió de la mano á Isabel.

—Venid, la dijo: voy á tratar de pasaros al otro lado del río; sois una jóven honrada, amante de vuestros padres y de Dios; el cielo os protegerá.

Hízola entrar con él en su barca, y navegó hasta la mitad del río. No pudiendo entonces pasar mas adelante, púsola sobre sus hombros; y marchando sobre el hielo, sostenido en los remos, llegó sin riesgo á la otra orilla del Volga, donde depuso su carga.

Isabel, sumamente agradecida, despues de haberle dado gracias con toda la efusion de su corazón, quiso darle alguna cosa. Saco su bolsillo que contenia poco menos de tres rublos.

—Pobre niña, la dijo el barquero, mirando su tesoro; ¿eso es todo lo que posees para ir á San Petersburgo? ¿Crees tú que Nicolás Kisloff te quitaria un óbolo? No; quiero añadir mas bien á tu caudal; esto producirá mi felicidad y la de mis hijos.

Entonces la dió una moneda, y se alejó diciendo:

—¡Dios vele sobre tí, hija mia!

Isabel tomó la moneda, y considerándola con alguna emocion, dijo:

—Te guardaré para mi padre, para mi madre, para que sirvas de una prueba de que han sido escuchados sus votos, que su espíritu no me han abandonado, y que por todas partes una protección paternal ha velado por mí.

La atmósfera estaba tranquila; pero de vez en cuando venia del Norte una brisa muy fría. Isabel, despues de haber andado cuatro horas sin detenerse, sintióse muy fatigada.

Ninguna casa se ofreció á su vista; fué á buscar un asilo al pié de una colina, cuyas negras rocas, cortadas á pico, la garantizaban del viento. Próximo á este sitio, se extendia un bosque de encinas, cuyos árboles se empiezan á ver únicamente de esta parte del bosque. Isabel no los conocia; y aunque habian perdido una parte de su adorno, todavia podian ser admirados; pero no podia amar aquellos árboles de Europa, que la demostraban la distancia que la separaba de sus padres; preferiria mucho mas el pino. Era este el árbol del destierro, el que habia protegido su infancia, y bajo cuya sombra quizás en aquel momento reposaban sus padres. Tales ideas la hacian derramar lágrimas:

—Oh! ¿cuando los volveré á ver? exclamaba: ¿cuando oiré su voz, cuando volveré otra vez á sus brazos?

Hablando así, tendia los ojos hacia Kasau, cuyas torres se descubria en lontananza, y en lo alto de la ciudad la antigua fortaleza de los Khans de la Tartaria se presentaba sobre lo alto de las rocas de una manera pintoresca. Isabel, durante su camino, encontraba muchas veces objetos que henchian su corazón de tristeza, semejante á la que experimenta el hombre por sus propias desgracias: unas veces eran desgraciados, que encadenados dos á dos, iban á las minas de Nerstink para trabajar hasta morir, ó que eran enviados á los campos de likoutsik para poblar las salvajes orillas de Angora; otras, multitud de colonos destinados á poblar la nueva ciudad, que por orden del emperador se levantaba en las fronteras de la China. Los unos iban á pié, y los otros iban encaramados en los carros, mezclados con los fardos, cajas, perros, y potros.

Todos estos hombres, desterrados por faltas que en otra ocasion habrian sido castigadas con la pena de muerte, no escitaban sino su compasion: pero cuando encontraba algun desterrado, conducido por un correo del senado, cuyo noble aspecto le recordaba el de su padre, se conmovia hasta derramar lágrimas; se aproximaba á él con respeto, y le daba lo que de ella dependia; no era oro, porque no le tenia; pero era lo que consuela mas, y lo que tanto el rico como el pobre pueden dar, la compasion. Esto constituia la única riqueza de Isabel; con ella aliviaba la pena de los desgraciados que encontraba, y con esta iba á viajar, porque al llegar á Velodimir no le quedaba mas que un rublo.

Habia empleado casi tres meses en ir desde Sarapoul á Velodimir, y merced á la hospitalidad de los aldeanos rusos que no pedian nunca dinero por pan y leche, no se habia acabado su pobre tesoro; pero empezaba á faltaria todo; sus zapatos estaban destrozados; sus vestidos hechos girones, no le garantizaban del frío, que era ya de treinta grados, y se aumentaba todos los días.

(Continuad.)

M. C.

Granada:—Imp. de «La Madre de Familia.»